

Garbo el hombre que salvó al mundo

EDMOND ROCH
Barcelona

En el último Festival de Cine Europeo de Sevilla (Noviembre 2009) pudimos disfrutar del estreno de un insólito documental acerca de un insólito personaje, héroe de la Segunda Guerra Mundial y de nuestra Tierra de Nadie entre Iberia y Centropa, el espía doble Juan Pujol. Este hombre, al que ya se habían dedicado varios libros y películas, se convirtió en la obsesión del joven productor catalán Edmon Roch. Hasta el extremo de realizar sobre él su primera, y preciosa, película, con la que le cayeron, cual fruta madura, los premios en los festivales de cine de Sevilla y Ámsterdam y el Premio Goya 2009 al mejor documental. **Entrevista con Edmon Roch¹** (director, guionista y productor).

¿Qué es Garbo. El espía?

Es una historia extraordinaria y, al mismo tiempo, verídica hasta lo inverosímil. Es la historia de Alaric, el mejor agente nazi de la Segunda Guerra Mundial, cuya red reunía a la flor y nata de los espías nazis en Gran Bretaña. Pero es también la historia de Garbo, que trabajaba para el MI5, y es también la historia de un desertor de la Guerra Civil, y la de un agente doble que murió en Angola en 1949. Y es la historia de un novelista inglés que empezó a buscar a un muerto convencido de que estaba vivo, y que lo desenterró dos veces... equivocándose de cadáver. Y es la historia de una mujer que sabía demasiado, y de una red de agentes que jamás existió. Es, en definitiva, la historia de un gran desconocido:

Según sus propias palabras, «poner su granito de arena para el bien de la humanidad». Salvó muchas vidas y de hecho se convirtió en el gran maestro de lo que se llama «el arte de la intoxicación», es decir: hacer creer al enemigo lo que podría ser pero no es, sin posibilidad de ser descubierto.

Juan Pujol, a quienes los servicios de Inteligencia Británica denominaron como «el mejor actor de todos los tiempos» y a quien la prensa inglesa bautizó como «el hombre que salvó al mundo».

Una historia compuesta de muchas historias...

Efectivamente. Cuando tiras de cada hilo descubres que todos tienen múltiples ramificaciones, a cada cual más apasionante. La historia del piloto de la RAF que transportaba cartas de amor de un español que decía que tenía a su mujer en Lisboa; la del espía que enferma misteriosamente y muere cuando más se le necesita; o la del señor de Barcelona que trabajaba para los alemanes en Londres cuando en realidad estaba en Lisboa y no tenía nociones de inglés ni alemán. Cada historia te lleva a otra, y hay más de mil historias. Literalmente.

Se trata de un *mockumentary* (falso documental), ¿verdad?

No, no: es fiel a la realidad. Aunque es tal la locura, la imaginación y tiene un ritmo tan trepidante que cualquiera que no conozca la verdad de primera mano puede sentirse tentado a creer que contiene ciertas dosis de invención. Tal vez se deba a que Pujol era un gran fabulador, seguramente uno de los escritores más importantes del siglo XX. Y no por su calidad literaria, que era barroca y tosca, sino porque tenía a un grupo selecto de lectores que le creían a pies juntillas. Pujol no escribía para el gran público, sino para convencer y manipular a los enemigos. La realidad siempre supera la ficción.

Usted la define como un *thriller documental*

Sí. Pero también como una comedia y como un relato con ciertos toques de Gra-

ham Greene. Greene, como después John LeCarre, estaba íntimamente conectado con los servicios de inteligencia británicos, y por eso sus historias son terriblemente veraces. De hecho, se considera que Greene, conocedor de la historia de Garbo, se inspiró en ella para escribir *Nuestro hombre en La Habana*. Y *The Counterfeit Spy* de Sefton Delmer también se basa en ella.

¿Qué hizo Garbo?

Según sus propias palabras, «poner su granito de arena para el bien de la humanidad». Salvó muchas vidas y de hecho se convirtió en el gran maestro de lo que se llama «el arte de la intoxicación», es decir: hacer creer al enemigo lo que podría ser pero no es, sin posibilidad de ser descubierto.

También afirmaba que había luchado dos guerras sin haber disparado un solo tiro...

Es verdad. Y su familia y sus hijos, tanto de España como de Venezuela, sus primos, siempre recuerdan que esto era lo que más le enorgullecía. Esto y haber salvado a miles de vidas tanto en el desembarco de Normandía como en los bombardeos nazis sobre Londres al final de la Segunda Guerra Mundial.

¿Jamás se equivocaba?

Al contrario, en repetidas ocasiones: Pujol no conocía Londres, no tenía nociones de inglés, y era un espía de despacho sin apenas contacto con la realidad. No podía dejar de cometer errores, como cuando hablaba de los ingleses que «ofrecían información a cambio de una botella de vino», o cuando se hacía un lío con el sistema monetario inglés, pasando unas cuentas de gas-



tos extravagantes. Pero su mérito fue interpretar su papel mejor que nadie, por eso los ingleses le llamaron Garbo. No es casualidad que Greta Garbo hubiera encarnado a Mata Hari, la gran agente doble de la pantalla.

A Pujol jamás se le podía echar nada en cara. Cuando se le atacaba por sus errores, él contraatacaba indignado ante lo que consideraba minucias dentro de un trabajo agotador y muy importante. Por otra parte siempre acababa comunicando aquello que los nazis querían escuchar; afirmaba que le movía su odio a las democracias y su amor por el Tercer Reich. De hecho, Pujol se lo debía pasar en grande inventando todas esas mentiras. Con su *corpus* de más de cincuenta volúmenes de textos

y mensajes, se podría decir que fue uno de los grandes *autores* de los cuarenta, y, sin duda, el que tuvo mayor influencia en el devenir de la humanidad.

El gran público conoce a Mata Hari, pero no a Garbo. ¿A qué se debe?

Los mejores espías son los que permanecen en secreto; el espía exhibicionista anda más en busca de notoriedad; el avaro, ansía el beneficio económico. Pujol no: se diría que era un trabajo que se le daba bien, que llevaba en la sangre, y era muy discreto.

De hecho, se habría llevado su secreto a la tumba de no ser por el empeño de Nigel West. Karl Erich Kuhlenthal, su controlador alemán, falleció en los setenta convencido de que Pujol había sido su mejor es-

pía, un luchador infatigable para el III Reich. Y el alto mando alemán le condecoró con la Cruz de Hierro, un honor que jamás había merecido nadie que no fuera alemán o que hubiera luchado en el frente.

Salvo Pujol.

Pero la historia de Pujol empieza durante la Guerra Civil...

Allí es donde pone a prueba sus dotes de invención y descubre su enorme poder de fabulación. En la Guerra Civil, Pujol estuvo a punto de fallecer; desertó porque no quería empuñar un arma y se escondió como un *topo* durante más de un año en Barcelona. Le descubrieron y encarcelaron, pero escapó y se ocultó en un piso detrás de la Catedral de Barcelona donde, en poco

más de un año, había adelgazado 20 kilos y perdido casi todo su cabello. Era un anciano con tan solo 25 años. Entonces dio un paso adelante.

¿Se fue al frente?

Primero a Sant Joan de les Abadeses para ejercer de gestor de una granja de pollos. Pero eso era una tapadera: Pujol albergaba la intención de cruzar los Pirineos, y para eso entrenaba cada día. Tenía una fuerza de voluntad enorme. Pero también era muy prudente. Así que, cuando estaba a punto de dar el paso, supo que los republicanos fusilaban a los desertores que intentaban cruzar a Francia. Entonces ideó su primera gran mentira: con un documento falso pretendiendo tener el doble de edad, se presentó como voluntario ante las tropas republicanas, afirmando que era un experto en morse y telecomunicaciones. Pero lo cierto es que no tenía ni idea. ¿Su finalidad? Cruzar las líneas y cambiar de bando. Lo cierto es que lo hizo tan mal que, el día que 14 huyó, perdió la orientación y regresó a sus propias filas, creyendo que llegaba a las contrarias. Recibió tal aluvión de tiros que sobrevivió de puro milagro.

Y de ahí decide hacerse espía...

Primero encuentra a su mujer, Araceli González, quien jugó una parte muy importante en su brillante trayectoria posterior. Y con una tremenda ingenuidad visita a los británicos, que le toman por un *infiltrado* nazi. Pero Pujol no se amedrenta, y maquina un plan más atrevido todavía: colaborar con el Tercer Reich para ganarse las simpatías aliadas. Sorprendentemente los alemanes le creen, le ofrecen un cursillo rápido en las técnicas de espionaje y un sueldo. ¿Objetivo? Obtener información de importancia militar desde Gran Bretaña. Pujol afirma que lo podía conseguir. Y, manos a la obra, pronto empezaron a llegar los mensajes de Londres...

¿Se fue a Londres?

¡No! Estaba en Lisboa, viendo noticiarios y leyendo la prensa extranjera para saber qué ocurría en Gran Bretaña. Pujol no podía permanecer callado si quería conservar su empleo. Así que con la ayuda de un diccionario y una guía de horarios de trenes, empieza a enviar mensajes pretendien-

do vivir en Londres y que un piloto amigo suyo de la RAF los deposita en un apartado de correos en Lisboa. Para que el piloto no sospeche, Pujol cuenta a sus controladores que le ha engañado con la historia de que tiene a su mujer en Lisboa y que son cartas de amor. Sus controladores lo celebran, sin saber que los únicos engañados son ellos. No había tal piloto: era el mismo Pujol quien dejaba las cartas en el apartado de correos, desde donde lo recogían los alemanes. De esta forma los sobres no tenían por qué llevar matasellos y Pujol podía escribir noticias contrastadas, simplemente poniendo una fecha anterior a la publicación de las noticias. Era perfecto. Sencillo y perfecto...

Hasta que le reclutaron los ingleses...

Costó mucho. Pujol ya estaba tan desesperado que planeaba fugarse con su familia a Brasil. Los servicios británicos le habían rechazado ¡cuatro veces!, tratándole de farsante. Hasta que uno de sus mensajes creó una bola de nieve tan grande que provocó un conflicto diplomático entre Roma y Berlín: la historia del convoy, inexistente, que había superado la vigilancia italiana para romper el sitio de Malta. Al mandar los alemanes una flota naval detrás del falso convoy, los británicos se preguntaron: «¿quién es ese espía, que dice estar en Londres y que obviamente no está en Londres, que envía información falsa pero que tiene una reputación tan grande entre el alto mando alemán?» Cuando descubrieron que era el mismo que se había ofrecido tantas veces, le preguntaron si todavía quería colaborar con la causa aliada; Pujol dijo que sí. Así que se lo llevaron a Londres, donde le interrogaron para asegurarse de que no ocultaba otras intenciones. Era muy extraño un caso como el de Pujol que no se movía por dinero, ni por circunstancias familiares, ni patrióticas. Pocos espías escapan a una de esas categorías. Pujol sí.

Vd. tiene una extensa carrera como productor. ¿Por qué decide debutar como director en un largometraje como GARBO?

A mi me interesan las historias. Ésta era una historia extraordinaria que merecía ser contada. Y cuando Sandra Hermida me ofreció el guión de María Hervera, no hubo marcha atrás... En esa época aún no se había publicado el magnífico libro de Ja-

vier Juárez *Juan Pujol, el espía que derrotó a Hitler*. Con lo que empecé a investigar y me sorprendí de que todavía nadie hubiera intentado relatarla más allá de breves episodios televisivos; me enamoré del personaje, de lo que había supuesto, y pensé que era necesario dedicarme a él en cuerpo y alma. Era una de esas rarísimas historias que *necesitaba* ser contada.

¿Cuánto duró este proceso de investigación?

Cinco años. Con Patricia Ruiz estuvimos buscando en todas las fuentes, leyendo, trabajando mano a mano con los mejores conocedores de Garbo y su historia: sus familiares, Nigel West (el hombre que le había devuelto a la luz), Xavier Vinader (con quien había rememorado su vida), espías de la época como Aline Griffith o especialistas en Garbo como Mark Seaman. Grabamos más de 600 horas de entrevista, rodamos durante meses, viajamos a Londres, Berlín, Caracas y Lisboa, y estuvimos casi un año en la sala de montaje. Era como las *matriushkas*: empezábamos con una historia y siempre encontrábamos otra en su interior. Es fascinante: creer saberlo todo y hallar una nueva verdad reveladora que aporta nueva luz sobre el proceso. Un director es como un detective, que debe investigar la historia que cuenta, y las motivaciones de sus personajes: entrar en la piel del otro hasta dar con el relato. Con la particularidad de que un documental siempre es una obra abierta que se escribe sobre la marcha, con sus fragmentos de archivos, las entrevistas, los nuevos hallazgos... un proceso de modelación continua. Así como en una película de ficción el director crea una obra, en un documental se establece un diálogo entre el material existente y el director, en el que el montaje resulta decisivo.

Ahí la participación de Alexander Adams también fue esencial.

¿Qué fue lo más difícil a la hora de contar esta historia?

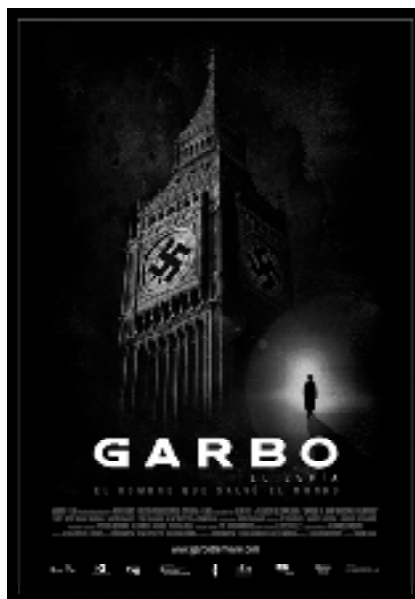
Contar la historia de GARBO implica dejar de contar muchas otras. Obliga a seleccionar, porque el material da para varias series: con trece capítulos de una hora aún nos quedaríamos en la superficie. Es como intentar explicar la obra de Dickens en una película, con la diferencia que los 50 volúmenes de relatos que escribié Garbo, estaban encaminados en una sola



dirección. Se puede decir que es una de las obras literarias más influyentes del siglo XX, que tuvo lectores ávidos entre los grandes mandos del nazismo, y que el hecho de que la creyeran a pies juntillas permitió a los aliados asestar los golpes claves para ganar la guerra.

¿Existen documentos de GARBO?

Muy pocos. Tan sólo los mensajes, sus memorias, los testimonios de quienes le conocieron y el material propio de la época. Pero, paradójicamente, cuanto mayor escasez de material, mayor libertad tiene el director, ya que no se debe someter a una visión determinada, sino puede encontrar un camino fiel al personaje. Y con un fabulador como Pujol, el camino era el cine: las historias de espías de la pantalla, que influyeron de una forma tan determinante en su personalidad. Un espía real explicado a través de espías de cine; un espía bautizado como una actriz a través de los actores que habían encarnado a personajes similares. De películas coetáneas como la serie de *Mr. Moto*, *Mata Hari*, o *Pimpinel Smith*. Todas íntimamente ligadas a Pujol: *Mata Hari* por el mismo nombre de Garbo, Greta, interpretando a la agente doble más famosa del séptimo arte. *Mr. Moto* por Peter Lorre, quien tuvo que huir del Tercer Reich para terminar haciendo de pérfido alemán en Hollywood. Y *Pimpinel Smith* por Leslie Howard, quien fa-



llecio cuando el avión de la RAF que, supuestamente, llevaba el correo de Pujol a Lisboa fue abatido por fuego nazi; Pujol se quejó tan enérgicamente que ningún otro avión correo sufrió un ataque similar. Y sin olvidar películas posteriores como *Nuestro hombre en La Habana*, *El día más largo* o *Patton*, que también tocan el tema de Pujol de cerca.

¿No se sintió tentado a reconstruir la historia con actores?

No a la manera de un docudrama. Explicarla en clave de ficción habría rebajado

el hecho de que nosotros no inventamos nada. Para inventar ya estaba Pujol...

También evita la voz en off...

Es una convención del documental: la voz omnisciente que lo narra todo. Pero eso implica tomar un partido, una dirección, y habría reducido la riqueza de las múltiples miradas. El reto era dejar que las múltiples voces conformaran una sola película.

Como en *Rashomon*, cada espectador debe hallar su propia verdad.

A pesar de la seriedad del tema, Vd. utiliza un tono cercano a la comedia

Para Pujol ser espía era también un juego. Un juego terriblemente serio, pero no hay que olvidar que él no tenía una formación académica, era un autodidacta provisto de brillante ingenio y de una gran capacidad de sobrevivir a las situaciones más comprometidas. En inglés «jugar» e «interpretar» son un mismo verbo, y Pujol era un maestro en ambas cosas. Luchó en dos guerras, en los dos bandos, tuvo dos familias, dos vidas, e incluso dos muertes.

No hay mejor definición del agente doble.

Notas

1. Reproducida con la amable autorización del autor.
Fuente: <http://www.garbothemovie.com>